

## Bellas Artes.

## §. IX.

La pintura al par de la escultura, su hermana inseparable, seguía hasta muy adelantado el siglo XV, el mismo camino y los mismos cánones en que hemos visto á los escultores de la espresada época: es decir, el estilo lánguido y seco alemán, pero no exento de algunas bellezas y particularidades tan recomendables, que todavía nos admiran en las obras de aquellos maestros. Como siempre la imitación de la naturaleza en toda su sencillez é ingenuidad, aunque muchas veces fría y material, era y debía ser el objeto de sus estudios, de tanto en tanto aparecían producciones admirables: las cabezas de sus imágenes tenían un aire angelical, sus aptitudes eran naturales y sencillas, los ropajes presentaban partidos nuevos y caprichosos como los da muchas veces la naturaleza, sin cuidarse en ajustarlos ni arreglarlos á su arbitrio, y realzados así como todos los demás accesorios con un brillo simétrico de colores, usados con tal limpieza y proligidad, que aun nos sorprende su hermosa conservacion, y la brillantez de sus fondos y otros accesorios que siguieron tenazmente engalanando con dorados hasta muy entrado el siglo XVI.

Por este estilo se distinguió notablemente *Juan Alfon*, vecino de Toledo que, á principios de aquel siglo, pintó los retablos de la capilla del Sagrario de aquella catedral, y otras obras en la de los Reyes nuevos; y todavía quedan muestras del mérito de algunos artistas que decoraron con curiosas pinturas la claustra de aquella santa iglesia y su riquísima sala capitular de invierno. Merecen citarse Alonso Sanchez y Luis de Medina, que también pintaron en Alcalá para el cardenal Cisneros, Diego Lopez, Juan Gonzalez Becerril, Martel, y sobre todo Juan de Toledo, Pedro Berruguete, y mas que todos Juan de Borgoña de quien luego haremos particular mencion.

En Sevilla tenía mucho crédito *Juan Sanchez de Castro*, que formó numerosa escuela; de su

mano es el retablo de San José de aquella catedral y otras obras en la misma ciudad. Su discípulo *Juan Nuñez* le superó en algunas partes del arte, recomendando muchísimo á sus obras el escelente y brillante colorido, y naturalidad en las actitudes. Gonzalo Diaz á fines del siglo dejó en la misma ciudad muestras de su talento; aun se conservan sus tablas del retablo de la Magdalena en que se vé un dibujo bastante correcto y notables espresiones en las figuras.

En Castilla sobresalía el maestro Jorge Ingles, pues pintó muy correctamente el retablo mayor del Hospital de Buitrago, y á su esacto pincel debemos los retratos del marqués de Santillana y su familia.

*García del Barco* y *Juan Rodriguez*, pintores castellanos, no dejarían de ser profesores de mucha habilidad y crédito, puesto que el duque de Alba los empleó en pintar las galerías de su palacio del Barco de Avila con figuras y otros adornos, que fueron muy celebrados en su tiempo.

Pedro Berruguete distinguióse muchísimo por las pinturas de el retablo mayor de la santa iglesia de Avila, en compañía de Santos Cruz; y finalmente, Juan Flamenco pintó las bellísimas tablas de algunos pasages de la vida de San Juan Bautista en la Cartuja de Miraflores, que dejó concluida en 1499.

Aunque el carácter gótico ú alemán predominara todavía entre los artistas del siglo XV, á los muy inteligentes en las bellas artes no se les oculta otro mas puro á mediado del siglo, y que se vé tiene un origen y principio de mayor belleza y excelencia. Este es el estilo de los preludios ó preparacion á la grande escuela florentina que con tanto suceso estendieron en Toscana los Tadeo, Angel Gaddi y Antonio Veneciano, y que se propagarian entre nosotros, tal vez por Starnina, discípulo de este último, que vino de aquella república á servir á D. Juan I, de quien fue muy honrado y distinguido, así como poco despues *Dello*, igualmente florentino, lo fue de Don Juan II, creándole caballero y dispensándole grandes mercedes. A la sombra, pues, de la proteccion de este monarca, también *artista*, puede decirse que principió á renacer la pintura al par que la poesía y



otras bellas artes; nuestros ingenios, ayudados de estos alicientes y de sus propios talentos, no tardaron en producir obras de sobresaliente mérito, y eclipsar á los dos artistas de Toscana.

Las obras de *Antonio del Rincon* y de *Juan de Borgoña* marcaron pasos muy agigantados á fines de aquel siglo. Antonio del Rincon, que fue pintor de los Reyes católicos y honrado con el hábito de Santiago, fue el primero que sacudiendo en España la manera gótica y seca, principió á dibujar con bastante grandiosidad, dando cierta redondez y carácter á las formas de sus figuras, mejores proporciones y otras cualidades que hicieron sus obras muy superiores á las de todos los pintores que le precedieron.

Por lo que respecta á Juan de Borgoña, si, como asegura el Sr. Cean, son de su mano los pasajes del Nuevo Testamento pintados en la sala capitular de invierno en Toledo, puede dudarse que en toda España haya habido pintor mas insigne en aquel siglo y aun en el siguiente, pues son en muy poco superiores á estas pinturas las del célebre Berruguete, las de Gallegos, las de Becerra, las del mudo Navarrete, las de Vicente Joanes y aun las del mismo Luis de Vargas.

Falta ciertamente en estas pinturas alguna cosa de aquella grandiosidad y nobleza que distingue á los grandes artistas del siglo XVI; pero en cambio ¡qué correccion de dibujo! ¡con qué amor están ejecutadas! ¡qué amables y modestas son las fisonomías de la Virgen, de las santas mugeres! ¡qué pureza, qué verdad y gusto reinan en los ropages, ajenos de la afectacion de los del siglo siguiente que procuraban constantemente marcar sobre los ropages el desnudo y hasta los mas menudos miembros! El cuadro que representa la Virgen en su Asuncion al cielo, es una composicion deliciosa y recuerda las mas bellas obras del insigne maestro de Rafael de Urbino.

Otro objeto de maravilla y de curiosidad para los amantes del arte y de todo lo bello, es la perfecta conservacion de estas pinturas, pues todavia sorprende la frescura de los colores y el precioso concludo de estas obras egecutadas en la pared: loor á la respetable corporacion que ha sabido conservarnos tales tesoros. La série de arzobispos,

pintados igualmente al fresco debajo de estos cuadros, es tambien de la misma mano (1).

Pudieramos citar otras muchas pinturas del siglo XV y de los primeros años del XVI, tanto en las Castillas como en la corona de Aragon; pero no presentan un caracter nuevo ni mas cualidades que las de todos los secuaces del estilo aleman, es decir de Alberto Durero y Lucas de Leiden. Ni se crea que esta manera provino precisamente por querer imitar las obras de tan insignes maestros, pues vemos bastantes tablas de nuestros artistas egecutadas por el mismo estilo mucho tiempo antes que principiarian á venir de Flandes y Alemania aquellas obras. Nuestros pintores veian la naturaleza como aquellos artistas, tenian iguales doctrinas, asi como eran los mismos con poca diferencia, los usos, hábitos, costumbres, y no habian todavia cundido las máximas del arte emanadas de los restos de escultura y pintura que hicieron anticipar á los italianos la perfeccion de las bellas artes. No puede negarse que á mediados del siglo XV se traian muchísimas tablas de devocion á Sevilla, Toledo y á otras ciudades donde florecia el comercio, y que aquella abundancia de obras, muchas de ellas escelentes, y sobre todo el venir de lejanas tierras, incitó á muchos pintores españoles á imitar aquella manera, vistiéndolas con los trages, adornos y otros accesorios de la magnífica corte de Borgoña.

No debemos confundir con estos últimos á Fernando Gallegos: sus grandes talentos le hicieron sobresalir entre el gran número de imitadores de aquella escuela. Sus formas son por mejor estilo que las de la escuela alemana, y su dibujo era sumamente correcto y verdadero. Muy celebrada ha sido la tabla que pintó para la capilla de San Clemente de la catedral de Salamanca, que representa á nuestra Señora sentada con el Niño en los brazos, y á San Andres y San Cristóval á los lados. Algunas bellas obras del mismo estilo habia en el claustro

(1) Tambien se dice que pintó la conquista de Oran en la capilla muzárabe: pero es tan inferior á las citadas, que parece increíble, si bien los retoques de que está cubierta impiden juzgar de su mérito.



de aquella santa iglesia que los inteligentes atribuían al mismo Gallegos.

Pudiéramos hacer mencion de otros artistas que dejaron algunas obras de mérito antes de la restauracion del arte en España. Pero nos contentaremos con citar los siguientes que trabajaron con alguna reputacion en los primeros años del siglo XVI. Tales son, *Andres Segura*, *Francisco de los Corrales*, *Francisco Guillen*, *Fru- tos Flores*, *Fernando del Rincon*, *Antonio é Iñigo de Comontes*, en Sevilla. *Nicolás Francisco Pison*, *Bartolomé de Mesa*, *Andres de Covarrubias*, *Andres de León*, *Diego de Barrera*, *Alonso de Castilla*, *Pedro Fernandez de Guadalupe*, *Diego Fernandez*, *Juan Ramirez*, &c. En Valencia *Nicolas Falco*: En Palencia *Juan de Flandes*, *Andres* y *Antonio de Espinosa*: en Zaragoza *Tomas Pelegret* y algunos otros.

Con esto damos fin á este periodo de la pintura en España de todo el siglo XV y de los primeros años del XVI hasta que el gran Berruguete, Siloe, Vargas y Joanes y muchos otros insignes artistas propagaron las máximas de la gran escuela que fundaron con tanta gloria de su siglo Rafael de Urbino y Miguel Angel. = V. C.

## LITERATURA.

### Stephen.

(Véase el número anterior.)

V.

Al día siguiente de haber escrito esta carta, salió Stephen de su casa entre once y doce de la mañana. Estaban todavía las calles sucias y fangosas con la lluvia de los días anteriores, y caminaba nuestro jóven á muy buen paso por la Red de S. Luis arriba, poniendo los pies en las aceras con el mayor cuidado para no salpicarse de lodo las botas y los pantalones. Llegó á la calle de Fuencarral y entró en una casa de muy buena apariencia, que era la que habitaba la marquesa de R.

Estaba ya esperándole esta señora vestida como para retratarse; pero no se hallaba sola segun tenia de costumbre. Un jóven, vestido con la mayor elegancia, con bigotes, espuelas y latiguillo, estaba sentado junto á ella con aire familiar en un sillón de brazos, y parecia muy entretenido en jugar con el perrillo Azor, favorito, como ya dijimos, de la amable marquesa. Correspondió apenas el jóven, que por su porte parecia militar, con una ligerísima inclinacion de cabeza al cortés saludo de Stephen, y volvió á renovar con el perro su contienda que habia interrumpido por un momento la llegada de nuestro pintor. Chocó á éste no poco la desatencion del militar, y se lo hubiera dado á entender de un modo mas directo que con miradas severas, á no haberle contenido la presencia de la marquesa quien, como para hacerle olvidar la descortesía del otro, le recibió aun con mas agasajo y dulzura que otras veces.

— El Señor es el pintor que la está á V. retratando, dijo el militar sin levantar siquiera los ojos del perrito, que con mas ahinco que nunca procuraba asir con los dientes el restaño del latiguillo con que recibia alguno que otro golpecito en el hocico y en la cola.

— Si señor, respondió la marquesa con sequedad.

— A juzgar por el estilo del colorido, añadió sin interrumpir su pelea perruna, parece que el señor no ha visto cuadro alguno de la escuela de David, muy superior seguramente á la del día.... eh? me equivoco?

Stephen no respondió palabra.

— Segun parece, el señor no se digna contestarme?

Continúa el mismo silencio de parte de Stephen.

— ¿Me cree V. indigno de darme una contestacion, caballero, ó es V. sordo? añadió el militar levantando repentinamente la cabeza y mirando de hito en hito á su interlocutor.

— No estrañe V. que no le haya contestado antes, respondió Stephen con la mayor serenidad, pues ignoraba si se dirigia V. á mí ó al perrito que tan ocupado le tenia.

— *Si non è vero è ben trocato*, dijo el militar dando una sonora carcajada, en que no le acompañaron ni Stephen ni la marquesa.

— El señor, interrumpió esta última, es estrangero, y no dudo que al pasar por París para venir á nuestra nacion haya visto los cuadros de que habla el Sr. conde y los de la célebre escuela moderna....

— Célebre para los que no lo entienden ó lo entienden poco, respondió el conde procurando dar á su fiso-

\*



nomía, poco poética en verdad, una espresion maliciosa.

— Confieso humildemente, respondió Stephen, que soy en esta materia de la opinion de los que no lo entienden ó lo entienden poco, como dice el Sr. conde.

— Yo, interrumpió éste, no me he dedicado nunca seriamente al estudio de la pintura, indigno de mi rango social.... pero me ha parecido siempre un *oficio* bastante *bonito* y me ha gustado en todas ocasiones *proteger* á los pintores; aunque á decir verdad nunca me han sido útiles para nada: pues entre mas de ciento que me han *sacado* el retrato, ni uno tan siquiera me ha *sacado* parecido.

— La fisonomía del Sr. conde es sin duda inimitable.

— No.... pero la pintura está aun tan atrasada que apenas David y Girodet han dado todavia un paso desde Rafael acá, y lo que es los españoles, nada.... pero no hay que desalentarse; ahora estamos en una época de movimiento, de aplicaciones, y puede ser que se descubra alguna máquina de vapor para hacer retratos parecidos. En ese caso, le aconsejo á V. que compre una.

Este impertinente consejo desagradó tanto á nuestro alemán, que no pudo menos de contestar con alguna violencia:

— Ya que el rango social del Sr. conde le ha impedido dedicarse al *oficio* de la pintura, debió tambien impedirle de meterse á consejero y pedagogo de quien no le pide ni consejos ni lecciones.

— Mil gracias por el aviso, señor pintor, y por la manera discreta con que me viene dirigido.

— Si este aviso es indiscreto, no puede á lo menos tachársele, como á otros, de grosero.

Iba animándose por grados la fisonomía de ambos jóvenes y ambos parecían dispuestos á no ceder un punto de terreno en aquel asalto epigramático. Veía la marquesa con muestras de mucho sentimiento aquella antipática desavenencia, y deseando ponerla fin, dijo dirigiéndose á Stephen:

— Ya se acerca la hora del paseo y me parece que por hoy no podremos trabajar en el retrato.

Púsose nuestro alemán de todos colores al oír estas palabras, cuyo sentido penetró inmediatamente con aquella perspicacia cosquillosa, hija del amor propio que tanto distingue en general á los artistas. Levantóse repentinamente, saludó con mucha frialdad á la marquesa, y salió de la estancia despues de haber echado al conde una mirada sombría y aun amenazadora.

## VI.

## LA MARQUESA A STEPHEN.

¿Verdad, amigo mio, que no me hace V. la injusticia de creer que en el pique, que tan neciamente suscitó el conde esta mañana entre VV. dos, he podido en manera alguna aprobar sus ridículas chanzas? ¿Ni que he tenido intencion de humillar á V. al decirle indiscretamente que ya habia pasado la hora de continuar el retrato?

Sé que la delicadeza de un joven, cuya alma no han desencantado todavia los desengaños del mundo, es cosa tan respetable y tan santa, que no hay atencion ni cuidado que no deba emplearse para no ajarla ni ofenderla. Por eso ruego á V. que me perdone si he podido olvidarlo un solo instante. Yo, amigo mio, estoy por desgracia tan acostumbrada con el uso del mundo á decir y á escuchar cosas que en otro tiempo me hubieran herido profundamente el corazon, y que ahora resbalan sobre él como sobre una plancha de acero, que no es extraño olvide de cuando en cuando que hay todavia en el mundo almas nuevas y delicadas que, como flores de primavera, se deshojan y marchitan á la mas leve sacudida....

Stephen, sea V. mas indulgente conmigo que yo misma; mañana estaré sola todo el dia y ganaremos el tiempo que nos ha hecho perder hoy para el retrato una *visita importuna*.... y comeremos juntos y solos, y me acompañará V. por la tarde á visitar á mi hija, si quiere dar esta satisfaccion á su amiga....

*La marquesa de R.*

## VII.

## STEPHEN A FEDERICO.

Todos mis temores eran infundados, absurdos: la marquesa, lo mismo que cualquiera otra muger por mas hermosa que sea, jamas podrá inspirarme una passion verdadera, porque creo en el fatalismo y en las predestinaciones; creo que cuando la naturaleza forma un corazon sensible, le destina de antemano á un amor determinado y no á otro ninguno.... en fin, amigo mio; he encontrado la muger que nació para que yo la amara, la única que formó la naturaleza para mí.... y ésta es Matilde.

¡Matilde!.... Antes de haberla visto ya habia yo



adivinado su lánguida hermosura, ya habia resonado en mi alma el eco de su voz, y ya se me habia presentado mil veces en mis sueños y en mis ilusiones.... ¡Matilde!... Ella es la que me apareció junto al estanque del Retiro para libertarme de una muerte segura.... ella es el ángel de mi vida, el ser que estoy destinado á amar.... ¡Matilde! Bien me lo decia mi corazon.... por eso amaba yo á la marquesa, porque la marquesa es su madre.

Ayer me suplicó esta señora que la acompañase á la casa de campo donde se está educando su hija. Fuimos allá y la vi.... Dios mio!... Conoció la marquesa la impresion que habia producido sobre mí la vista de aquel ángel, y una lágrima humedeció sus párpados. Detúvose muy pocos momentos con ella y me pidió el brazo en seguida para subir á su coche: subí yo tambien sin saber lo que hacia y me senté á su lado: partieron los caballos con suma rapidez y pronto nos hallamos en Madrid en el gabinete de la marquesa. Estaba mi cabeza tan trastornada que ni sabia yo que hacer ni que decir: ella por su parte parecia también herida del mas profundo dolor, y así estuvimos sentados en un estrecho confidente guardando entrambos el mas profundo silencio. Al cabo de un rato, cogió la marquesa una de mis manos entre las suyas y la estrechó con una presion convulsiva; sentia yo caer sobre ella con frecuencia algunas lágrimas. Al fin me dijo:

—¿Qué le ha parecido á V. mi hija?

—¿Quién?... Matilde?...

Entonces me ocurrió de repente una idea que fue para mí como un rayo de luz. Me levanté sin decir palabra, tomé mi sombrero y sin saludarla siquiera salí de la estancia y de allí á la calle, llena la imaginacion de un fantástico desórden....

### VIII.

Aquella misma noche, entre once y doce, salió Stephen de Madrid por la puerta de Alcalá, siguiendo el mismo camino por donde pocas horas antes habia pasado en coche con la marquesa. Brillaba la luna en medio de un purísimo cielo de invierno, y corria un frio muy agudo y penetrante, acrecentado por la humedad del camino; pero todo era menester para refrescar algun tanto la ardorosa frente de nuestro alemán. Las confusas ideas que le agitaban; el combate interior de su ánimo, vacilante entre el temor y la esperanza, y la especie de aletargamiento en que se hallaba, pro-

ducido por el agudo frio de la noche, le hacian andar á pasos precipitados sin sentir el menor cansancio; y casi sin apercibirse de que estaba caminando hacia ya mas de dos horas, se halló junto á la casa de campo donde habia visto aquella tarde á la hermosa Matilde....

Estaba toda la casa sumergida en el mas profundo silencio; y la calma de la naturaleza en aquella triste hora de la noche, y la idea de hallarse junto al sitio donde habitaba su querida, produjeron en el ánimo de Stephen una agitacion misteriosa y sublime. Rondaba alrededor de la casa y todo le anunciaba que sus habitantes estaban rendidos al sueño; pero al pasar por delante de las tapias de un jardincillo inmediato, vió brillar una luz por entre las cortinas de una ventana, y una forma de muger que pasaba lentamente diferentes veces proyectando su sombra sobre los cristales. Entonces latió su corazon con mayor violencia pensando que aquel cuerpo que veia moverse era el de Matilde que velaba como él y acaso tambien pensaba en él....

Sin poder contenerse, saltó las tapias del jardin con no poca dificultad y peligro para acercarse algo mas al sitio donde estaba su querida: llegó al pie de la ventana donde habia visto luz poco antes, y habiéndola mirado con mas atencion vió que estaba como todas sumergida en la oscuridad y que le habia engañado el resplandor de la luna reflejándose en aquellos cristales.... y entonces una profunda tristeza cayó sobre el corazon del pobre Stephen. Le parecia que Matilde habia desaparecido para siempre de su vista y que nunca mas volveria á verla, porque se habia desvanecido como un sueño al acercarse á ella. Tendióse al pie de unos árboles y pronto el frio y el cansancio le sumergieron en una especie de letargo en que, ni dormido ni despierto, le agitaban una multitud de sensaciones tan confusas que ni aun podia darse cuenta á sí mismo de ellas, y unas veces le parecia hallarse en el cielo y otras en el infierno.... Quedóse en fin dormido, y tuvo un sueño espantoso: le parecia hallarse en un vasto desierto donde solo se descubria á lo lejos un monasterio arruinado, al cual llegó por un camino cubierto de peñas y de abrojos que le desgarraban los pies al andar sobre ellos: entró luego en la iglesia, solo alumbrada por algunas lámparas moribundas y desierta á la sazón; solo en una de las oscuras bóvedas laterales, le pareció distinguir una blanca forma inmóvil y apoyada en uno de los pilares del templo, y esta fantasma ó vision repetia su nombre con voz sepulcral, aunque semejante á la voz de Matilde. Conforme se iba acercando

\*\*\*



Stephen á ella, iba retirándose poco á poco aquella forma, y así anduvo algun tiempo sin poder alcanzarla, hasta que al fin desesperado se precipita sobre ella y la estrecha entre sus brazos, moviendo los labios como para hablarla y sin poder articular ningun sonido.... pero sintió entonces un frio de muerte y oyó un ruido como de huesos que se chocan entre sí.... porque en efecto estaba estrechando entre sus brazos un esqueleto cubierto con el mismo vestido blanco que habia visto sobre el cuerpo de Matilde y coronada la frente de flores como lo estaba ella cuando la vió aquella tarde. Aquel esqueleto cayó al suelo deshecho en cenizas con el contacto de Stephen, y luego otra fantasma gigantesca le dió un beso sobre la frente y le clavó en el pecho un agudísimo puñal.... aquella fantasma tenia las facciones y el rostro mismo de la marquesa. Entonces se despertó sobresaltado y volvió á cerrar los ojos apenas los hubo abierto, pareciéndole que se hallaba todavía bajo la influencia de aquel terrible ensueño. Una jóven estaba arrodillada á su lado mirándole con ojos de compasion y de ternura, con las manos cruzadas sobre el pecho, vestida de blanco y la frente coronada de flores.... y esta jóven era Matilde!....

## IX.

Oh! todas las palabras de amor que se digeron entonces aquellos dos seres afortunados, todas las promesas que se hicieron, toda la ternura que se juraron, seria imposible repetirlo aqui, porque el lenguaje del amor es inimitable, porque no hay ningunos acentos como los acentos del primer amor. Entonces el silencio dice mas que muchas palabras, y una mirada encierra mil juramentos y mil placeres; entonces las almas de los amantes se entienden entre sí y se hablan en un idioma tan dulce como el que emplean los ángeles cuando alaban en sus cánticos al Señor. Por eso pasaremos en silencio todo lo que Stephen dijo á Matilde en aquella primera entrevista y todo lo que ella le respondió, porque solo hablaron de amor, y porque el lenguaje del verdadero amor no se puede expresar en ningun idioma; porque es como los últimos sonidos del harpa, como el aroma de la azucena, como el color de la Luna.

Todas las mañanas se veian Matilde y Stephen al amanecer en el mismo jardin donde se vieron la vez primera, y cada vez que se veian les parecia que se amaban aun mas que la precedente. ¡Pobres amantes!

Mientras se juraban constancia eterna y se creian mas dichosos que todos los monarcas del mundo, la desgracia tendia sobre ellos sus negras alas y los destinaba á una terrible espiacion!.... á cada instante que pasaban en el seno de la alegria, debian seguirse largas horas pasadas entre lágrimas y amargura. Porque esta es la vida; una serie de pesares solo interrumpida por alguna que otra felicidad pasagera; una negra noche de tempestad en que solo brilla de tarde en tarde alguna estrella engañadora. Se creian felices Matilde y Stephen con su pureza y con su amor, y su felicidad se desvaneció en un momento como un sueño dorado. ¡Pobres amantes!....

## X.

Eran los dias de la marquesa y quiso esta señora que fuese su hija á pasar aquel día con ella en Madrid, para lo cual fue por la mañana á buscarla en su coche con Stephen, de quien no podia separarse un momento porque le amaba con todo su corazon. Fue aquel el primer día que pasaron juntos nuestros amantes y sin embargo, pocos dias mas amargos que aquel acibararon la existencia del pobre Stephen. Era el objeto de la marquesa al traer á su hija á Madrid, rodearla de todas las seducciones posibles para que con la vista de nuevos galanes olvidase á su amante; y por eso convidó aquel día á comer á su casa y á un baile que dió aquella noche á los mas brillantes jóvenes de la capital. Entre ellos asistió, vestido con un magnifico uniforme de capitán de coraceros, el petulante conde, cuyas sandeces oyeron no ha mucho nuestros lectores. En medio del aristocrático lujo de todos aquellos elegantes, hacian por cierto muy triste papel el frac raído y éticos pantalones de nuestro pintor; durante la comida y el baile, que fueron lucidísimos, todos se apresuraban á obsequiar á Matilde, haciendo sufrir á Stephen todo el tormento de los celos y de la humillacion. El que mas escitaba su despecho era el conde, porque éste era el que mas atenciones y obsequios prodigaba á Matilde: estuvo sentado á su lado á la mesa y toda la noche bailó con ella sin dejarla, como suele decirse, ni á sol ni á sombra. Hubiera dado entonces Stephen la mitad de su vida por saber bailar; pero este egercicio le habia parecido siempre tan ridículo que no se habia querido tomar el trabajo de aprenderlo. Veia ademas con dolor el lamentable estado de sus vestidos, y tenia demasiado orgullo para esponerse á la risa universal presentándose entre los demas bailarines en medio de aquel salon tan concurrido y tan



iluminado. Andaba de un lado á otro costeando las paredes y siguiendo con los ojos á su amada mientras la llevaba el conde por la cintura en un rápido *galop* ó la decia al oído lo que él hubiera querido escuchar á costa de su sangre. El conde le miraba también á veces con cierto aire desdeñoso y triunfante, como si quisiera hacerle sentir su superioridad; dirigia la palabra á Matilde y luego le miraba y se reía indicando claramente que acababa de decir alguna agudeza; pero la pobre niña estaba unas veces pálida como la nieve y otras con el rostro encendido, y miraba á su amante con una ternura angelical. Todo lo veía la marquesa, complaciéndose cruelmente en observar el visible despecho de Stephen; acercóse entonces á él y, en medio de mil cumplimientos zalameros, le dijo que tenia prometida al conde la mano de su hija y que por eso no le estrañara verlos bailar juntos toda la noche.... ¡Oh! ¡Quién podrá decir lo que sufrió entonces el enamorado Stephen! Una sonrisa amarga vagaba sobre sus labios y miraba á la marquesa como si no pudiera creer lo que oía: admirábase que pudieran pronunciarse con ligereza aquellas palabras tan terribles. Pasó el conde entonces á su lado dando el brazo á Matilde y esquivando el cuerpo como si temiese tocarle, le dijo sonriendo:

-- Cuidado.... no me empuerque V.

Y en efecto, tenia Stephen una mancha de aceite en el brazo izquierdo.

Cojióle de la mano el alemán con tanta violencia que le dejó los cinco dedos señalados en sangre, y no le soltó hasta que ambos se hallaron en la calle. Acertó entonces á pasar por allí un oficial de guardias, amigo de Stephen: pidióle esta su espada y fueron á batirse los dos rivales á una misteriosa callejuela. Pero era el conde mucho mas diestro que nuestro pintor en el manejo de las armas y le pegó una estocada en el pecho que le tuvo mas de cuarenta dias en la cama.

Iba la marquesa á visitarle durante su enfermedad con mucha frecuencia y le cuidaba como pudiera hacerlo la madre mas cariñosa. Cuando le veía mas triste y abatido que otras veces, le hablaba de su hija y le prometia que no la dejaria ver al conde aunque hacia sin embargo todo lo contrario. Iba Stephen restableciéndose poco á poco, y veía la marquesa que pronto estaria en estado de ir á ver á Matilde; esta idea la aterraba conociendo la profunda pasión que la habia inspirado y contra la cual se habian estrellado hasta entonces todos los artificios que habia puesto en práctica para casarla con el capitán de corace-

ros. En vano la habia rodeado de la mas lucida juventud de la corte durante la enfermedad de Stephen, porque Matilde no pensaba mas que en su amante. Aunque le ocurrió el pensamiento de alejarla de Madrid, no se atrevió á ejecutarlo segura de que Stephen la seguiria á cualquier parte del mundo adonde la llevara, y porque aunque la afligía la idea de verle enamorado de otra, todavia la afligía mas la de separarse de él. Entonces dirigió sus baterías por otro lado haciendo un cálculo que, como hijo de la pasión, fue falso, immoral y de terribles consecuencias para ella, para Matilde y para Stephen; pero pudo mas el amor que la prudencia. No volvió á hacer mencion del matrimonio de su hija con el conde; antes bien desde entonces le hablaba siempre con una gravedad llena de candor, y se le mostraba mas cariñosa y lánguida que nunca.

Un dia en que se hallaba ya Stephen casi completamente restablecido y agitado con la dulce esperanza de ver pronto á su amada, estaba la marquesa sentada junto á la cabecera de su cama y apoyada la frente sobre las palmas de las manos. Toda la mañana habian estado hablando de Matilde, y en esta conversacion como en otras muchas que ya habian tenido sobre el mismo asunto, la pintó Stephen con los mas vivos colores la pasión que le devoraba. Entonces le dijo la marquesa.

-- Una vez que está V. tan enamorado de mi hija, sin duda piensa en casarse con ella y tiene por consiguiente una suerte cómoda é independiente que ofrecerla, pues no seria justo ni generoso sacarla del estado feliz en que ahora se halla para reducirla á la pobreza.

-- Yo trabajaré tanto que al cabo llegaré á ser rico, Señora.... y si lo logro algun dia ¿podré aspirar á la mano de Matilde?

-- V. conoce mi corazón, Stephen.... ¿para qué me hace V. esa pregunta?

Y entretanto estaban sus ojos bañados en lágrimas y miraba al joven alemán con la mayor ternura; pero él, que ni pensaba mas que en su querida, creyó que la marquesa aprobaba su pasión y se echó á sus brazos bañando su seno en lágrimas de agradecimiento. Ella estrechaba á su pecho con amor la cabeza de Stephen cubriéndola de besos y de caricias; él entretanto pensaba en Matilde y en los medios de llegar á ser rico para poseerla. Nada le parecia mas fácil que lograrlo; pensaba pintar cuadros sublimes, escribir dramas llenos de pasión y de fuego.... ¡Pobre Stephen! Pintó pensando en Matilde una Virgen hermosa como las de Rafael, y nadie compró este cuadro y perdió lo que



habia gastado en lienzo y en colores: escribió un drama lleno de pasion y de ternura, y la empresa de teatros no quiso representar este drama.....

Y entretanto aumentaba todos los dias el amor de nuestros jóvenes. A las brillantes esperanzas de Stephen sucedió un profundo abatimiento; lejos de llegar á ser rico, no veia mas porvenir que el de una espantosa miseria y no queria hacersela participar á Matilde. Un dia le dijo la marquesa.

— Veo, amigo mio, que no le sonrie á V. la fortuna, y que si hubieramos de esperar á que viniera esa caprichosa deidad para casar á mi hija, iria la pobre con palma á la sepultura. Pero yo quiero conciliarlo todo. Trabaje V. durante cuatro meses cuanto pueda; y si me jura por lo mas sagrado que durante este tiempo no verá ni escribirá á Matilde, prometo que pasados estos cuatro meses le dará la mano de esposa.

Inútil será decir si aceptó ó no nuestro aleman.

La marquesa esperaba que durante este tiempo olvidaria Matilde el amor de Stephen, para lo cual pensaba emplear cuantos artificios pudiera. Iba á verla casi todos los dias, y pronto la dió á entender que conocia el secreto de su amor y que lejos de desaprobárselo ella misma habia dado á Stephen las mayores esperanzas y permitiéndole que fuera á visitarla siempre que quisiera. No sabia por consiguiente la hermosa niña como explicarse la larga ausencia de su amante, y la marquesa por su parte tambien aparentaba estar admiradísima de que la olvidara tanto. Anuncióla un dia diestramente y con aire compungido que andaba Stephen enamorado de otra, y fue poco á poco aumentando hasta hacerla creer que estaba á punto de casarse con ella. Fácil es adivinar los artificios que empleó para esto la marquesa; la larga ausencia de Stephen comprobaba ademas todos los embrollos que la ocurrían. Tuvo bastante destreza para hacerle trabar conocimiento con una Señora amiga suya, viuda verde en extremo y asaz entrada en años: érale forzoso á veces, por algunos compromisos sociales, acompañarla al teatro y al Prado, y nunca dejaba la marquesa de llevar entonces á su hija á Madrid para que se convenciera por sus propios ojos de la supuesta infidelidad de su amante. Estos crueles amaños costaron tantas lágrimas á la pobre Matilde que no tardó en irse debilitando su salud de dia en dia; y la marquesa con una compasion fingida la escitaba á olvidar á su traidor amante y á corresponderle con la misma indiferencia, asegurándola que aquella afliccion que mostraba por

su inconstancia, lisongeaba no poco la vanidad de Stephen y que se hacia de ella un mérito al lado de su nueva querida. Entonces empezó á pintarla con los colores mas risueños la felidad que gozaria, si consentia en casarse con el conde; pero ella la suplicó con lágrimas en los ojos que no la casara con nadie, porque su único deseo era acabar sus dias en un convento. Esta idea fue un rayo de luz para aquella madre criminal; alabó la resolucion de su hija, ponderándola los placeres de la vida monástica, y la calma de la reclusion y la esperanza de una gloria segura. ¡Pobre Matilde! Dióse tanta prisa la marquesa, que pocos dias despues entró su hija en un convento; pero antes de hacerlo la dictó su madre una carta para Stephen.....

(Se concluirá.)

En el número 7 de este periódico se insertó un comunicado del Sr. R, en forma de diálogo, sobre la fealdad é impropiedad de ciertos colores empleados en los revoques de las casas de esta capital, fundado en sólidas razones; pero en el dia conviene ya llamar seriamente la atencion del público de Madrid que, con tanta justicia aplaude el ilustrado celo del digno Sr. Corregidor, para que sus plausibles deseos se logren completamente, cooperando por su parte los propietarios de las casas al bello aspecto de la capital; pues seria muy sensible que llevándose unas cosas á la civilizacion del siglo presente, se quedasen otras uno ó dos siglos atras. Las aceras que se están construyendo aumentan la hermosura de las calles, hacen que los edificios aparezcan situados á mayor altura, no sin grata ilusion, por la sencilla grada que aquellas forman sobre el terreno, preservan á aquellos de la humedad y sobre todo proporcionan mayor comodidad á los transeuntes.

Los hombres que han entrado en el segundo tercio del siglo XIX no pueden gustar de tinieblas, y como el Sr. Corregidor es uno de estos, ha dispuesto sábiamente que los propietarios vean arder, como es justo, el aceite que pagan de sus bolsillos, y que disfrute de este beneficio todo el vecindario para poder andar por las calles de noche sin peligro de romperse á cada instante las piernas ó las narices, ó de ser asaltados de improviso por rateros y asesinos ocultos en la oscuridad,



que les aligeren de ropa y les limpien las faltriqueras.

Al mismo tiempo que esta autoridad se ocupa en las cosas principales concernientes á la utilidad de los habitantes de esta capital, es bien sabido que no descuida su parte ornamental porque conoce lo mucho que influye en el ánimo de los forasteros para recibir impresiones favorables; y siendo la arquitectura el alma del ornato, podemos prometernos muchas mejoras que ya son indispensables en algunos puntos de la corte. La arquitectura es sin duda una de las bellas artes que ejercen mas imperio en nuestra imaginacion, porque desde el momento en que un viajero entra por la primera vez en una ciudad, empieza á formar de su aspecto el juicio que nunca se le borra de ella, agolpandosele simultáneamente en la imaginacion las ideas del aseo ó de la falta de éste en sus habitantes, del estado de su civilizacion ó de su atraso, con otras muchas consecuencias que, ademas de las que saca por el exterior, cree penetrar desde luego su fantasía. Si el juicio es favorable, ya piensa hacer mas larga su residencia en ella aun antes de haber tratado á sus habitantes; y si por el contrario, resuelve en su idea despachar cuanto antes los asuntos para ausentarse. Estas breves reflexiones, que á primera vista parecen de poca importancia, las prueba frecuentemente todo viajero dotado de una imaginacion algo viva. ¿Y quiénes mas interesados que los dueños de las casas en su ornato? No dudo que muchos de estos creerán inútil este artículo, por hallarse persuadidos de haber hermoseado con profusion las fachadas de sus casas, y no lo estraño porque no todos están obligados á saber en que consiste lo bello, cuando la práctica constante de tantos años en los colores de los revoques no les ha enseñado nada bueno, y cuando han visto que hasta los hermosos edificios de piedra se han hecho embadurnar de yeso y de colorines por arquitectos de mal gusto que, desconociendo ó despreciando la belleza, los han dirigido sin tino. No es pues la obstinacion de todos los propietarios, es preciso confesarlo, la que les ha hecho incurrir en el disforme pintorrotéo de las casas, sino la mala costumbre y el mal ejemplo.

Es muy de desear que semejante abuso cese de una vez y que los propietarios procuren marchar en armonía con las buenas disposiciones del Sr. Corregidor, persuadiéndose á que cuanto mas bien entendido y combinado se halle el ornato en algunas partes, tanto mas chocantes se hacen los defectos de otras. Aquel no consiste en el puro capricho, tiene sus reglas fundadas en la razon, en la conveniencia, en la verosimilitud y en el buen gusto, y todo lo que se oponga á esto merece ser reprobado por la sana crítica y por la policía Urbana, sin que por esto se crea atacado el derecho sagrado de todo propietario, siendo éste muy dueño de hacer dentro de su casa lo que su buen gusto ó su estravagancia le sugieran; pero en el exterior, debe sujetarse al ornato público, y no puedo menos de estrañar el que no se haya tenido presente este punto tan esencial en las ordenanzas que rigen para la construccion de las casas, dejando un vacío tan notable que ha dado márgen á tamañas ridiculeces. El gusto fino y razonado solo se adquiere con el estudio y meditacion de los bellos edificios antiguos y modernos; y como no todos estudian y meditan, muchos entienden por ornato aquello que es mas charro y ridículo, de donde proceden tantos y tan diversos colorines en las fachadas.

Asi, pues, los que no ratiocinan y carecen de delicadeza en el sentido de la vista, hacen pintar sus casas con colores fuertes y rabiosos, pareciéndoles cosa de poco mas ó menos cualquiera media tinta suave; cuando por el contrario los que le tienen mas delicado, hacen pintar las suyas con medios colores desmayados, de suerte que entre unos y otros desfiguran las casas y el aspecto general de tal modo, que mas bien parece una villa construida con cartones y papel pintado que con materiales sólidos, sirviendo de rechifla á los estrangeros y de mortificacion á todo español sensato.

Si esto sucediese en las calles mas escusadas, menos malo seria; pero en las principales, como en la de Alcalá, no puede menos de causar enfado y dolor, porque mientras la autoridad se está esmerando en hermosearla con una acera ancha cual corresponde, precisamente y al mismo tiem-



po se acaba de desfigurar uno de sus mas bellos edificios por su buen carácter arquitectónico: hablo del que hace esquina á la calle del Turco. Su dueño le ha hecho pintar con un colorin verde tan crudo y tan chillon, que ofende la vista aun de las personas menos delicadas; y cuyo desacierto se hace todavia mas notable, porque divide la hermosa y espaciosa fachada, destruyendo su armonia, en tres cuerpos inconexos vueltos á unir por el insultante colorin del centro que corre por todo su ático ó sean boardillas; y para conformarse en todo al legítimo mal gusto, ha hecho figurar sobre el mismo unos colgantes, ligados á unas ménsulas torcidas, que nada, nada sostienen. Este bellísimo adorno de los colgantes, que con tanta sabiduria y oportunidad solian emplear los antiguos romanos en sus magníficos monumentos, se vé aqui profanado y profanando tan hermoso edificio. Se conoce que el dueño nada ha ahorrado para engalanarle á su modo. ¡Lástima es que no siempre el buen gusto vaya acompañado del dinero!!!

Semejantes ridiculeces no dejarán de verse repetidas continuamente si no se establece una ordenanza por la policía Urbana, á la cual se sujeten todos los que hagan construir casas, fundada en los principios ya indicados de la razon y de la verosimilitud; y es esto tanto mas de desear cuanto no exigen mas coste ni duran menos los colores que son mas propios del caso, pues los que generalmente se emplean para hacer las tintas falsas de los azules, verdes, rosas ó lilas cuestan mucho mas y pronto los destruye el Sol: resultando, que á los dos años parecen las casas viejas y feas.

De todo lo dicho bien puede inferirse que mi idea no es contraria á los revoques, antes bien los creo necesarios, cuando las casas no esten construidas con la piedra labrada y con el ladrillo fino y raspado, colocado con arte. En estos dos casos el revoque no solo seria inútil sino tambien disparatado, y quien trate de cubrir con él el arte y la materia merecerá la execracion de todos los hombres de gusto presentes y venideros. Pero las casas que generalmente se construyen con el ladrillo tosco presentarian un aspecto triste y desabrido si quedasen al descubierto, siendo en este caso muy conveniente pintarlas con las tintas que

imiten á las de las piedras naturales que se usan en los edificios, cuales son la berroqueña y la colmenar, bastante hermosas y ricas de por sí para escluir cualquiera otra ridícula é insignificante. ¿Qué piedras ó que otra materia solida de construccion imitan los colorines de que tanto se abusa? Téngase presente que toda la inmensa mole del Real Palacio de esta Corte no presenta en sus fachadas mas que las dos clases de piedras expresadas y sin embargo lejos de parecer monotono, produce un efecto noble, rico y armonioso. Imitense pues las tintas de dichas piedras, como ya se ha empezado á practicar en algunas casas con bellísimo resultado, y á la vuelta de pocos años desaparecerá del todo tan mal gusto. = J. DE M.

♫

## TIRSIA Y CARMINDA:

*Gaditanas.*

Donde el furibundo Alcides

Su férrea clava rompió,

Reinan dos bellas hermanas,

De las álmás soberanas;

Y entre las dos,

Cual hoja del olmo al viento,

Se me bulle el corazon.

Quien á'mbas ve, á'mbas adora;

Que entr'mbas no hai eleccion:

Porque si TIRSIA es hermosa,

Es CARMINDA tan graciosa....! —

*Y entre las dos*

*Cual hoja del olmo al viento,*

*Se me bulle el corazon.*

Entre gracia y beldad pura,

(Tal gira entre flor y flor



Revolante mariposa,  
Que va y vuela, y no se posa);—  
*Entre las dos,*  
*Cual hoja del olmo al viento,*  
*Se me bulle el corazon.*

Las almas roba CARMINDA  
Con su lábio encantador,  
TIRSIJA roba los sentidos  
Con sus ojuelos dormidos;—  
*Y entre las dos,*  
*Cual hoja del olmo al viento,*  
*Se me bulle el corazon.*

Su boca es rosa fragante,  
Sus cêjas arcos de amor,  
Su gentil sêno jazmin,  
Y sus megillas carmin,—  
*Y entre las dos,*  
*Cual hoja del olmo al viento,*  
*Se me bulle el corazon.*

El libre cuello CARMINDA  
Rindió á la ley de aquel Dios,  
Cuya tirana coyunda  
Los corazones circunda;—  
*Y entre las dos,*  
*Cual hoja del olmo al viento,*  
*Se me bulle el corazon.*

Mas yo otra ley no conozco,  
Ni rige al mundo otro Dios,  
Sino el ciego Dios Cupido,  
Que con las flechas me ha herido—  
*¡Ai! de las dos;*

*Y cual hoja de olmo al viento,*  
*Se me bulle el corazon.*

¡Por el Dios, Ninfas gentiles,  
Que tan lindas os formó,  
Doléos de este cuitado,  
En vuestro amôr abrasado;—  
*Y entre las dos,*  
*Como tan buenas hermanas,*  
*Repartid mi corazon.!*

B. J. GALLARDO.

## El Pastor Clasiquino.

Y estaba el pastor Clasiquino sencillo y cándido, recordando los amores de su ingrata Clori, en un valle pacífico, al márgen de un arroyuelo cristalino, sin pensar (¡oh! ¡quién pudiera hacer otro tanto!) en la guerra de Navarra, y embebecido en contemplar el manso rebaño, símbolo suyo. “Eglogas, decia, venid en auxilio mio aqui donde la *máquina preñada* (es decir, el cañon) y el *sonoro tubo* (la trompeta) no vienen á turbar mis solaces.

“Pagiza choza mia

Ni yo te dejaria

Si toda una ciudad me fuera dada.”

Y era lo bueno que el inocente Clasiquino vivia en una de las calles de Madrid y pretendia al mismo tiempo un empleo en la Real Hacienda.

¡Lo que es tener imaginacion! Su Clori no era nada menos que un ama de llaves, de genio pertinaz y rabioso, que con él vivia y le llenaba de apodos y vituperios á todas horas; su *mayoral*, el ministro, que ya de tiempo antiguo los llaman asi los clasiquistas, por aquello del *Mayoral Jovino*, y su pacífico valle la Secretaria ó el Prado, que para clasiquino es lo mismo.

“*Nada como las reglas de Aristóteles*” solia tambien decir Clasiquino á veces, que aunque pastor, habia leído mas de una vez las reglas del estagirita. “¡La naturaleza! la naturaleza es menester hermosearla. Nada debe ser lo que es, sino lo que debiera ser.” Y aqui sacaba un testo griego, porque era *consumado helenista*; y como sabia *hablar en prosa y verso*, continuaba:

“Sí, por el Pan que rige mi manada, yo he de hacer ver al mundo que esa caterva de poetas noveles, idólatras de los miserables Calderon, Shakespeare y comparsa, son inmorales, y no saben escribir una egloga..... qué digo una egloga? ni cometer siquiera la figura llamada *Onomatopeya*.

Y con esto se levantó con aire de triunfo y ademan orgulloso, arreglándose los anteojos que ya



tenia al extremo de la dilatada nariz caidos, despertó las ovejuelas que se habian dormido

de pacer olvidadas, escuchando.

Y Clasiquino paso tras paso se recogió á su majada, tenaz en su empeño de seguir hecho borrego mientras le durare la vida. = J. DE E.

#### A LA MUERTE

DE

Doña Ramona Nieto y Wals.

#### Soneto.

¡Cuatro lustros no aun, y feneciste!!  
Fuiste como la flor fragante y pura,  
Pálido metëoro tu hermosura,  
Y tu lánguida voz arrullo triste.

El soplo de la muerte no temiste  
Mancillára tu aroma y tu frescura,  
Y entre sus tibios brazos, con dulzura,  
Doblaste el niveo cuello.... y falleciste!

Y te miré.... cual tórtola amorosa  
Amortecida con fatal beleño,  
Mas no tu casta sien dura y rugosa.

Vi tu lábio marchito, y aun risueño,  
Porque la muerte en tí ¡vírgen dichosa!  
Es como del querube el blando sueño.

P. DE M.

#### REAL

#### Establecimiento Litográfico.

Los Señores Suscritores á la *Coleccion Litográfica de Cuadros de S. M. la Reina nuestra Señora*, se servirán mandar recoger el cuaderno 42, y adelantar el importe del 43, en el Despacho de Estampas del Real Establecimiento, situado en la calle del Príncipe al lado del Teatro.

Las Estampas de que aquel se compone son las siguientes. = *Un Paisage agreste y pintoresco con un castillo y algunas casas sobre unas rocas, y al pie de éstas varios grupos de corderos y de vacas*, egecutados unos y otros con la mayor naturalidad en las actitudes de los animales y la mas interesante verdad en el dibujo de sus formas. = *La Vocacion de San Mateo*, cuadro de buena composicion, de dibujo correcto, de mucha fuerza, de gradacion y armonía en el claro-oscuro, pintado con valentía y destreza por Juan Pareja, discípulo del gran Velazquez. = *Las tres Gracias*, cuadro de Rubens, que ofrece á la vista un grupo hermoso, bien dispuesto y de suave degradacion en su claro-oscuro. = *La grave enfermedad que padeció el Señor Rey D. Fernando VII (Q. E. E. G.) en el Real Sitio de San Ildefonso*, cuadro pintado por D. Federico de Madrazo, cuyas cualidades artísticas nos abstenemos de indicar por haber sido bastante conocidas y celebradas del público y de los inteligentes cuando estuvo expuesto en el Real Museo de pinturas de esta Côte.

Las espresadas estampas se hallan tambien de venta, sueltas, asi como las de otros cuadernos de la Coleccion, en el referido Despacho.

Las personas que deseen ver algun egemplar de la admirable obra titulada: *Tresor de Numismatique et de Glyptique* que su publica en Paris, y de que hicimos mencion en el número 20 del ARTISTA, podrán pasar á la librería estrangera de Denné y Compañía, calle de los Jardines, donde se admiten suscripciones á dicha obra.

Sabemos que se está ensayando en el teatro de la Cruz, para representarse á la mayor brevedad, un drama original en dos actos, titulado *Incertidumbre y Amor*, cuyos dos principales papeles están á cargo de la Sra. Matilde Diez y el Sr. Julian Romea.

ESTAMPA: Stephen.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.





STEPHEN.

Re Lit. de Madrid







El Artista.



R. Lit de Madrid.

D. TELESFORO DE TRUEBA COSÍO.



